

AL QUE FUE MI BUEN AMIGO Y COMPAÑERO, FERMIN PALMA GARCIA

Por José Gómez Soriano

Jaén

Con verdadera emoción escribo estas cuartillas, que me ha solicitado, haciéndome un gran honor, mi querido amigo don Juan Pedro Gutiérrez Higuera, para el número extraordinario de la revista "Seminarario Médico", en homenaje de afecto y admiración a la figura de Fermín Palma, nuestro común amigo recientemente fallecido.

Aunque no sea cronista, voy a entresacar de los recuerdos de una convivencia de 56 años sin interrupción, lo que diré en ellas, que serán pocas, íntimas y muy sentidas.

Don Fermín Palma vino a Jaén en el año 1917, siendo teniente médico militar, para actuar en el reconocimiento de los quintos de aquel reemplazo. Yo era el médico civil de la Comisión Mixta; y puedo asegurar que fui el primero que con él tuvo contacto profesional.

Las operaciones de quintas, medición y reconocimiento, se celebraban en el salón principal de la Diputación Provincial, y a la presencia

de miembros de la Corporación, que se turnaban, y de numerosísimo público, bullicioso y hasta escandaloso. Un día hubo un "disparo" en el local y desde entonces, guardias de seguridad mantenían el orden.

Al comienzo, como no nos conocíamos, tuvimos unos días de observación recíproca, que sirvió para que nos diésemos perfecta cuenta de que teníamos el mismo concepto de la responsabilidad del trabajo que realizábamos.

Bajo este ambiente, nada agradable y casi agobiador, trabajábamos intensamente de ocho a dos de la mañana, si bien a las once descansábamos unos minutos para tomar café en la misma mesa de trabajo. ¡Y qué pugna por invitarnos sin conseguirlo! Para dar ejemplo, abonábamos individualmente nuestra consumición.

Por las tardes íbamos al Hospital Provincial, en donde estaba la sala de observación, cuyo jefe era otro

médico militar: don Eduardo Villegas Domínguez, hijo de Jaén, amigo mío desde la infancia y espejo de caballeros y de pulcritud profesional. Allí lo pasábamos bien, pues sin público, veíamos los ingeniosísimos medios de que se valía nuestro pacienzudo compañero, para desbaratar los trucos de los simuladores.

Al terminar la campaña, sin incidentes, nos despedimos con un fuerte apretón de manos, sellando con ello el comienzo de nuestra amistad, que perduró siempre.

Sus preferencias quirúrgicas le llevaron al Hospital, en donde su director, por entonces don Francisco Ruiz Alcázar, vio claramente su talento y su posible eficacia en aquel centro y le animó a quedarse en Jaén. Y por fortuna se quedó, poniendo casa en la calle Ancha, 23.

Por entonces nos solíamos encontrar en la farmacia de don Manuel Suca (padre) y fue allí en donde se nos ocurrió la idea de reunirnos unos cuantos médicos jóvenes, que habíamos iniciado la especialización y abrir una clínica; y un buen día nos juntamos alrededor de una mesa en el café "Lión D'or" de Jaén, cinco médicos, que ninguno llegaba a los treinta años, y decidimos fundar una clínica que se llamaría "Clínica Operatoria de Especialidades". Y después de vencer muchas dificultades de todo tipo, a primeros del año 1919 se inauguró con la siguiente distribución de trabajo:

—Dr. don Fermín Palma García.
Cirugía general.

—Dr. don Ramón Cibantos:
OTORRINOLARINGOLOGIA.

—Dr. don Manuel Villar Muñoz:
OFTALMOLOGIA.

—Dr. D. Eduardo Arrollo Sevilla:
MEDICINA INTERNA Y LABORATORIO.

El Dr. don Gabriel Arroyo fue encargado de la radiología, un tiempo después, tras el fallecimiento del Dr. Cibantos y Diego Luzón desempeñó la sección de Obstetricia y Ginecología.

—Dr. don José Gómez Soriano:
RIÑON Y VIAS URINARIAS.

—Don Joaquín Pérez Montuno:
Practicante.

—Don Luis Garrido Fernández:
Administrativo.

Tuvo su domicilio en Roldán y Marín, 5, y fue seguida de un rotundo éxito.

En la clínica trabajamos todos muy unidos y con gran afán. Se desarrolló bien y por mucho tiempo. Y por causas que no son del caso, se disolvió muy amigablemente con la solemne promesa de seguirnos ayudando unos a otros. Y esto se cumplió fielmente. Fermín Palma continuó junto a Gabriel Arroyo.

Yo nunca perdí el contacto profesional con la clínica que después el fundara y que hoy es el orgullo



Amigos que marcharon. De izquierda a derecha: Fermín Palma, Cibanto, Suca y Graciliano García.

de sus hijos por su prestigio y fecundidad. De los médicos que constituíamos la primera clínica, sólo quedo yo, con 85 años bien cumplidos.

No importa a los demás los motivos de que el dolor que a todos ha producido su muerte, sea especialmente agudo en mí; muchos de los que lean estas líneas saben, por otra parte, que fuimos fraternalmente amigos, día a día, sin exorbitancias en el gesto ni palmadas en la espalda, y quizás por eso nuestra amistad fue perfecta y sin sombras; no se entibió nunca.

Todas estas circunstancias son suficientes para poder afirmar que don Fermín Palma fue un hombre cabal, honesto, sin audacias ni pedanterías, lleno de rectitud y solidez profesional. Una palabra suya, una leve sonrisa, nunca excesivamente prodigadas, tenían un valor de cordial sinceridad, inapreciable.

Su vida podría condensarse en dos palabras: trabajo y austeridad. El trabajo era su pasión incontenible y la austeridad presidió todos los actos de su vida, aun los más íntimos, y hasta en los cargos públicos que desempeñó, fue austero y eficaz, donde precisamente son tan necesarias las ejemplaridades.

Era la vocación médica personificada y si genuinamente esto sig-

nifica aliviar al prójimo en su dolor, lo cumplió plenamente.

Su entrega absoluta a la profesión tuvo una compensación muy merecida: ¡Gratitud! Sobre la gratitud al médico, dice Marañón: "El médico afortunado, recibe, en la gratitud de sus pacientes, una impresión de entrega de ellos, que no puede tener, en condiciones parecidas, el abogado, el ingeniero o el político. De todas las formas de la gratitud, la más intensa es la suscitada por el médico".

Y pasados los años, hasta poco antes de su enfermedad, los dos, jubilados y achacosos, nos solíamos ver en un cine tranquilo, cerca de nuestras casas, en la sesión casi solitaria de las seis, y a la salida, nos solazábamos hablando largo y tendido de nuestras cosas de otros tiempos.

Y termino recordando lo que leí sin poder precisar dónde: "Triste ser humano, por grande que sea, que a su muerte se puede alabar sin que los ojos se nos llenen de lágrimas". Y todos sabemos que por don Fermín ha llorado alguien más que su familia.

Un recuerdo fervoroso del que fue su amigo.

Jaén, noviembre, 1970.